



UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA DE HISTORIA
ADQUISICIONES

I

Este era... un picapedrero de aldea, que, á pesar de haber dejado la profesión, quedó tan montaráz de costumbres y modales como cuando comenzó á labrar su fortuna á fuerza de trabajar, en calidad de contratista de casas y carreteras; y seguía habitando donde había nacido, en un pueblecillo, medio salvaje, de Valle Maira, no bajando á Turín sino una vez al mes para sus negocios.

Apenas llegaba, solía ir al Instituto-gimnasio de Brofferio, generalmente á la salida de las clases de la mañana, para esperar á un su hijo, que tenía de huésped en casa de una pariente suya, comerciante. Era difícil de comprender cómo se le había puesto al tal picapedrero en la cabeza el dedicar á

estudios literarios á aquel de sus hijos, cuando los otros estaban dedicados á las faenas mecánicas del campo, y las hermanas ocupadas de llevar las cabras á pastar, y cuando parecía que aquel pedazo de adoquín alpino no podía servir para otra cosa que para el oficio del autor de sus días. A no ser que aquella idea de que su hijo estudiase le hubiese brotado en el cerebro, en Grecia; donde estuvo nuestro hombre trabajando un año, como contratista de un trozo de ferro-carril. Y allí debió germinar la tal ocurrencia porque desde la clásica nación escribió á un hermano suyo, dándole la orden de que aquel sucesor de su nombre, entrase á la segunda enseñanza tan pronto como terminase sus estudios en la primaria.

Yo conocía de vista al pequeño escolar, y recibía noticias de él por mediación de cierto compañero suyo de clase que me tocaba muy de cerca. Había pasado de la Escuela al Instituto, con asombro de todos, por una equivocación en la votación del tribunal de examen de ingreso. Era un muchachote sano y robusto, de aspecto benévolo, un tanto soñoliento, en todos sus movimientos acompañado, lleno de miramientos y cuidados por su ropa burda no por vanidad, sino por espíri-

tu de economía, y sobre todo por sus gruesos borceguies de clavos que examinaba á cada paso con ojo inquieto y avizor. A decir verdad, ni la vida de la ciudad ni los estudios habían conseguido afinarlo ni en poco ni en mucho ni en nada. Marchaba siempre como los paletos, á grandes zancadas y oscilando, saludaba con ademanes cómicos quitándose el sombrero como quien levanta la tapadera de una olla y sin levantar la vista del suelo. Servía de diversión á sus camaradas por su singular manera de pronunciar el italiano, como si diese vueltas en la boca á unas pildoras; y cada frase suya que surgía de sus labios, parecía que era consecuencia de una pildora que consiguió tragar. El primer día de clase, el profesor le hizo repetir siete veces, aunque inutilmente, la palabra *tergiversación*, que él pronunciaba *tregirvezasión*, haciendo un gesto como si tragase un casco de naranja. El latín, leído por él, resultaba inglés. Para curarlo de sus trabalenguas el catedrático le había aconsejado que se ejercitase en declamar en alta voz versos difíciles y tiempos y personas de verbos extraños como *estalaclitífiquémonos*, etc.

Mas el pobre chico, cuando debía en clase deletrear alguna palabreja intrincada que

saltaba en la lectura ó la lección, formaba una ensalada tal de sílabas que la clase entera soltaba estrepitosas carcajadas. También la infeliz criatura se ejercitaba en secreto en tales y otras gimnasias; pero era invenciblemente rebelde al latín y á los ejercicios de composición italiana. Tenía una tal pobreza de imaginación que era incapaz de escribir ni decir más de diez palabras seguidas sobre cualquier tema. No podía comprender qué más podía decirse, por ejemplo, en la descripción de un temporal ó de una nevada que *nevó ó estalló una tormenta*, juzgando todo cuanto se añadiera como palabras superfluas. En los exámenes mensuales sudaba la gota gorda sobre los cuadernos, como si estuviera tomando un baño turco, y no salía del primer párrafo, ó lo escribía veinte veces variando el orden de las palabras, barajándolas, con giros y contorsiones de sintaxis que le ponían á uno la piel de gallina.



II

Vi por primera vez á su padre una mañana de Enero, en los claustros del Establecimiento, mientras esperaba á su chico. Era un hombre rollizo, con larga cara achatada, y erizada barba roja, un poco cojo, vestido á lo albañil en domingo, y armado de uno de esos gruesos bastones que se llaman en lombardo *paga deudas*. Tenía aspecto petulante y áspero como casi el de todos aquellos que han hecho á duro precio su fortuna. Por los bruscos movimientos con los cuales volvía la cabeza á derecha é izquierda, comprendí que iba allí por primera vez, y que jamás había visto un centro de enseñanza de aquella clase. Al llegar delante de la Dirección, se paró á ver los bustos de los cuatro Poetas, colocados á lo largo del muro, y se acercó á Petrarca como si quisiera emprenderla con él. Supe después que los había tomado por retratos de profesores muertos.

Dirigió la palabra con ruda franqueza á los bedeles, á mí, á otros padres de estudiantes, que esperaban también. Se adivinaba que gozaba de una cierta satisfacción de amor propio en respirar aquel ambiente del templo de la ciencia en medio de aquellos cartelones de botánica, de aquellos bustos y aquellas inscripciones.

Pero cuando se abrieron las puertas de las aulas y empezaron á salir por todas partes de tropel interminables filas de alumnos de todas clases, estatura, y vestido, se quedó estupefacto y turbado: no esperaba sin duda que su hijo tuviera semejante muchedumbre de compañeros y miraba aquel ejército de futuros abogados, ingenieros y doctores con la cara del aldeano que mira en el horizonte la negra nube de la langosta.

Pero lo peor fué el final de la salida: las alumnas grandes y pequeñas, algunas vestidas con elegancia y peinadas poéticamente, éstas bellas, aquellas con rostro atrevido, la de más allá con pantorrillas un tanto desarrolladas. Precisamente aquel año era un hormiguero femenino. Que hubiese *estudiantes* del sexo débil, lo había oído decir; pero la realidad visible y palpable le produjo un efecto de algo nuevo y desagradable.

Observé que miraba á una después de otra con semblante severo que expresaba todo el fondo de sus pensamientos. Sin duda alguna que, aquel enviar las muchachas á la escuela con los niños, y á la escuela donde se enseña el latín le parecía una locura, un escándalo, un peligro grave y bastaba aquello, sin más, para formar de las mismas niñas y de su respectivas familias un concepto deplorable. Y no pudiendo resistir á la tentación de dar rienda suelta á sus impresiones, al pasar una de las más espigadas me preguntó:

—Pero ¿qué es esto? ¿Hay en todas las clases...—comprendí que hubiera querido añadir...—de esta infección?

Y permaneció pensativo y cejijunto.

Fué extraña la acogida que dispensó á su hijo. Este vino hacia él plácidamente, como si se hubiesen visto una hora antes, mientras que no se veían hacia un mes. No llevaba el chico otra prenda exterior que una chaqueta á pesar de hallarnos á la sazón en el corazón del invierno; pero aparecía tan hinchado por el abrigo interior de varias capas, que cualquiera lo hubiera tomado por uno de esos artistas ecuestres que en los circos se desnudan quedando en cada

vez revestidos de distinto traje. El padre no lo besó no le apretó la mano: le miró solamente el calzado y la ropa. Después le preguntó con brusquedad.

—¿Cómo vá el latín?—Mas al percibir al profesor no esperó la respuesta y dirigióse á él á informarse.

Ya estaba yo en el último peldaño de la escalera, cuando ví bajar precipitadamente al chico con el semblante descompuesto por la pavora y á poco al padre que le perseguía para apalearlo.

Los informes no habían sido satisfactorios.



III

Un mes después le volví á hablar y me quedé asombrado al escucharle que una de las razones por que había puesto al chico en la segunda enseñanza, era porque *quien no sabe latín no sabe italiano*. ¿Quién diantre le había metido en la cabeza semejante idea? Y repitió varias veces lo mismo, aunque indudablemente sin darse cuenta de lo que decía y añadiendo:—*Sin eso, un hombre no es hombre*.

En suma, me las había con un *clasicón* de los más rigurosos. Luego me apuntó sus ideas en materia de educación. Educaba al hijo con mucha rigidez, como lo habían educado á él mismo, que, á los doce años, había salido con un duro en el bolsillo de sus montañas en busca de fortuna; y desde aquel día, no había costado un céntimo á su familia. Comparados con los sufrimientos que

él había pasado, estudiar latín era una delicia. Por esto no quería que su hijo se criara en la vida cómoda. Llevaba la cabeza rapada hasta en invierno; nunca capote ni abrigo exterior; camisa de tela basta; comer, pan seco por las mañanas, y ¡ay de él! si se hubiese lavado una sola vez con agua templada.

Con tales ideas, fácilmente se comprenderá el efecto que le producirían la mayoría de los estudiantes que veía á su alrededor. No los podía compadecer. Aquellos varales de tercero y cuarto año que llevaban todavía pantalón corto; aquellas marmotas de una tercia de altas con gabanes que les arrastraban, con grandes cuellos planchados, con puños, guantes y reloj, cuando pasaban á su lado, le hacían estremecerse de cólera y desprecio.

La tercera vez que vino á Turín, me declaró su pensamiento de una manera tan clara y expresiva como gráfica y naturalista:

—¿Sabe usted que la educación que se dá á los muchachos en Turín es una gran M...?

Había observado que los chicos al encontrar á sus padres, ni uno se quitaba el sombrero. Aquello era ganas de sacar adelante

un montón de danzantes, á la fuerza. El tenía que volver la cara á otro lado cuando presenciaba aquellas escenas para no decir una desvergüenza á los padres. Lo mismo que ver á los niños de diez años que en cuanto salían de las clases, se ponían á fumar en la calle: al verlos, se le subía la sangre á la cabeza; el día menos pensado acabaría por arrancarle el cigarrillo de la boca al primero que pasase; en realidad, cada vez que venía al establecimiento tenía que tragar mucha saliva. Y sobre todo, lo que más lo excitaban los nervios eran *las estudiantas*. Cierta día me dijo:

—Pero, dígame, ¿qué quieren ser todas estas... mujeres?

—Respondile que pretendían pasar á la Universidad para tomar el grado de licenciado en Medicina.

—¿Para ejercer la profesión?—preguntó.

—Naturalmente, le repliqué.

No añadió palabra, mas se puso á menear la cabeza, siguiendo con mirada torva á todas las muchachas, hasta que se perdían en el claustro.



IV

Andando el tiempo, averigüé otra cosa verdaderamente original.

Con objeto de que el chico verificase rápidos progresos en latín, alguien le sugirió la idea de que le obligase á que le escribiera siempre en la lengua del Lacio, y que si no, no le mandase lo que el estudiante le pidiera.

El padre, con efecto, había puesto por obra el consejo. Se hacía traducir las cartas por un amigo suyo cura; y él las contestaba en italiano. Pero el pobre muchacho, incapaz aún de amontonar cuatro palabras en latín, no escribía por cuenta propia, sino que se valía de cualquier compañero amigo de algún aventajado de clases superiores, los cuales le vertían aquella prosa que él hilvanaba en un latín caprichoso, *sui generis*, riéndose los traductores más tarde á su costa y sus espaldas de la correspondencia y el

corresponsal; y las frases más chistosas estampadas, corrían luego de boca en boca.

Así, supe que en cierta ocasión, teniendo el chico necesidad de dos camisetitas de lana, le hicieron escribir *duo indusia ex lana*, y el cura traductor no consiguió adivinar qué pedía. Otra vez, necesitando un paraguas, sus secretarios no encontraron mejor manera de denominarlo que *instrumentum quod nos a pluvia defendit*. Pero la perla más preciosa fué la frase con que tradujeron su queja contra el ama de la casa de huéspedes; porque hacía diez días que no le daba de comer más que menestra de coles y patatas. *Ad te scribo, pater, ut querar quod jamdiu domina domus mea nihil aliud mihi quam jus cum oleribus et terrestria tubera prabeat*. Esta carta era de uno ya de último año. En resumen, el pequeño montañés ó montaráz, á pesar de su admirable buen deseo, no sólo no adelantaba un paso en la lengua madre, sino que, antes bien, parecía que los daba hacia atrás.

La literatura no se le pegaba por ningún lado. Leía el enunciado de un problema de aritmética y una estrofa de Berchet, con idéntica entonación, y continuaba fabricando aquellos embriones de ejercicios de com-

posición. De aquí que las notas malas se repetían constantemente, y el padre comenzó á exasperarse. Una mañana que estaba esperando en un café vecino al Instituto, cuando el chico llegó, le arrancó de las manos las *Fábulas* de Fedro, y abierto el libro al acaso y señalando con el índice un verso, le gritó:

—¿Qué dice aquí?

Y el muchacho, poniéndose como la grana, respondió que no comprendía.

—¿Cómo? replicó el padre, ¿ni siquiera estos renglones tan pequeños.

Y murmuró moviendo la cabeza:

—Tengo miedo de que hagamos una mala *especulación*.



V

Su exasperación fué en aumento siempre, manifestándose especialmente contra los signos que creía ver por todas partes de una abominable corrupción. La emprendía con los escolares que jugaban al billar en el café de allá; con los que tomaban el tranvía para regresar á casa; con los de los últimos años que venían á clase en los días de mal tiempo con botas altas. Un día se desbordó porque vió llegar al Instituto á un joven en velocípedo, acompañado de un criado:

—¿Pero á dónde vamos á parar? me dijo; ¡son cosas inauditas! ¿cómo permiten los profesores?... Me parece que todo esto es una jaula de locos. ¡No comprendo una palabra; vamos, no lo comprendo!

Y miraba á todos de reojo.

Lo peor del caso era que aquella figura ruda y áspera, había principiado á ser advertida y comentada por la escolaresca. Los

muchachos, adivinando la antipatía que le inspiraban, al pasar al lado del antiguo picapedrero se tocaban con el codo, mirándose con aire burlón. Él se irritaba cada vez más, y se quedaba mirando á los más atrevidos, murmurando palabras provocativas.

—¿Qué quiere aquel malignillo para mirarme así? ¿Qué se le ocurre á aquel otro reyezuelo con sus zapatitos de *señorita*?

Odiaba sobre todo á un alumno de tercer año, el cual, al pasar por delante de él, le pitaba con un silbato (figurando un gallito) que llevaba en la corbata; cuyo pito sonaba gracias á un tubito de goma unido á una perita, también de caoutchouc, que ocultaba el jovenzuelo en un bolsillo del pantalón.

—El mejor día le doy una lección;—murmuraba mirándolo con ojos de halcón.—¡Y pensar—seguía,—que habrá gastado un duro en aquel aparatillo de juguete! Francamente, palabra de honor, si hubiera sabido qué mundo era éste, no habría traído aquí á mi hijo. ¡Mundo podrido!—repetía con frecuencia.—Y para darme una prueba más de que tenía razón en hablar así, me dijo que había visto por las calles un magnífico carruaje con un tronco de caballos, cochero y lacayo, que todos los días iba á recoger á los estu-

diantes, no sabe á qué colegio.—¡Ah, esto sobrepuja á todo!—exclamó con sonrisa irónica.—No falta más sino acostarlos en la escuela para que estén cómodos, y darles una teta entre lección y lección. ¡Qué estenuada raza! ¡Mantengo que va á acabarse el mundo!

